

I

Diálogo en el Támesis.

... Hallábase en pie á mi lado el hombre amarillo cuando distinguí las verdes orillas del Támesis, y en todos los rincones de mi alma se despertaron los ruidos. — «¡Tierra de la libertad — exclamé, — yo te saludo!... ¡Salve, oh libertad, joven sol de un mundo rejuvenecido! El amor y la fe, esos soles antiguos se han marchitado y enfriado y no pueden ya iluminar ni dar calor. Abandonados se ven los antiguos bosques de mirtos, que un tiempo se vieron exuberantemente poblados; ya sólo algunas tímidas tortolillas anidan en sus amorosas frondas. Húndense las viejas catedrales elevadas un tiempo á tan gigantescas alturas por razas tan soberbiamente piadosas, que quisieron erigir su fe en el cielo; se resquebrajan y derrumban, pues ni sus dioses creen ya en sí propios. Estos dioses están ya decrépitos, mas nuestra época no tiene fantasía bastante para crear otros nuevos. Toda la fuerza del corazón humano se convierte hoy en amor á la libertad, y la libertad es tal vez la religión de los nuevos tiempos, siendo además una religión que no se predica á los ricos, sino á los pobres, y que tiene igualmente sus evangelistas, sus mártires y sus Iscariotes!»

— «¡Oh, joven entusiasta—me dijo el hombre amarillo,—no encontrará usted lo que busca. Tal vez tenga usted razón en considerar la libertad como una religión nueva que se difundirá por la tierra toda. Pero así como en otro tiempo al adoptar el cristianismo, cada pueblo le amoldó á sus necesidades y á su carácter peculiar, tampoco de la libertad, de la religión nueva tomará cada pueblo más que lo que bien se avenga con sus exigencias locales, con su carácter nacional.

»Los ingleses son un pueblo en que predomina el hogar doméstico, un pueblo que vive una vida de familia, limitada, pacífica; en el círculo de los suyos busca el inglés esa satisfacción de ánimo que, á causa de su desmaña innata social, se ve privado fuera de su casa. El inglés se contenta, pues, con esa libertad que pone á salvo sus derechos personales y protege incondicionalmente su cuerpo, su propiedad, su lecho conyugal, su fe religiosa y hasta sus excentricidades. Nadie más libre que el inglés en su casa; y para valerme de una frase célebre, él es rey y obispo (1) entre sus cuatro paredes, no dejando de tener razón su aforismo popular: *My house is my castle*; mi casa es mi castillo señorial.

»Pero si la mayor necesidad es entre los ingleses la de la libertad personal, los franceses, en caso de necesidad, pueden pasarse sin ella con tal que se les deje gozar de esa parte de libertad general que llamamos igualdad. Los franceses no son un pueblo en que domine el hogar doméstico, sino un pueblo sociable;

(1) Pontífice, en la versión francesa.

no gustan de esas reuniones silenciosas á que llaman *une conversation anglaise*; ellos acuden con su eterna charla del café al casino, del casino á los salones; su sangre ligera como de *champagne*, y su talento habitual é innato, les lleva á la vida de sociedad, cuya primera y última condición, su alma es la igualdad. Del perfeccionamiento de la sociabilidad debió resultar en Francia la necesidad de igualdad, y cualquiera que sea la causa de la revolución, hay que buscarla en el presupuesto (1), pues encontró ante todo voz y voto en aquellos ingeniosos plebeyos que vivían, en los salones de París, en un pie de igualdad aparente con la alta nobleza, pero á quienes, de cuando en cuando, una sonrisa feudal, no menos profundamente punzante por ser casi imperceptible, les recordaba su ignominiosa desigualdad. Y si la *canaille roturière* se tomó la libertad de decapitar á aquella alta nobleza, no fué quizá tanto por heredar sus bienes como sus abuelos é introducir una noble igualdad en vez de una desigualdad burguesa (2). Tanto más debemos creer que esta tendencia á la igualdad fué el principio capital de la revolución, cuanto que los franceses se sintieron bien pronto felices y contentos bajo la dominación de su gran emperador, quien, considerando su menor edad, tomó toda su libertad bajo su severa curatela, y sólo les dejó la alegría de una completa y gloriosa igualdad.

»El inglés, más paciente que el francés, soporta la

(1) En la versión francesa falta esta última frase.

(2) En la versión francesa falta esta última frase. Más adelante, en vez de *tendencia (Streben)* hay *sed (soif)* de igualdad.

vista de una privilegiada aristocracia; se consuela con que él posee sus derechos, los cuales hacen imposible á aquélla venir á perturbarle en sus comodidades domésticas y en sus proyectos de vida. Tampoco esta aristocracia hace ostentación de sus derechos como en el Continente. En las calles y en los salones de público recreo de Londres sólo se ven cintas de colores en los sombreros de las damas é insignias de oro y plata sobre las libreas de los lacayos. Pero esas hermosas libreas multicolores que entre nosotros dan á conocer un estado militar privilegiado, en Inglaterra no son más que una distinción honorífica; y como un comediante se desembaraza de sus afeites, una vez terminada la representación, así se apresura el oficial inglés á despojarse de su casaca roja, tan luego como ha pasado la hora del servicio, y, bajo el sencillo *rendingote* de *gentleman*, se convierte en un caballero particular. Sólo en el teatro de *Saint James* se da importancia á estas decoraciones y vestuarios que se han conservado de las barreduras de la Edad Media; allí es donde flamean las bandas de las órdenes de caballería, chispean las estrellas, crujen los calzones de seda y las colas de raso; allí resuenan las espuelas de oro y las locuciones del viejo francés; allí se espeta el *lord* y se pavonea la joven *miss*. Mas ¡qué le importa al libre inglés la comedia cortesana de *Saint James*! ¡No se molesta por ello, ni nadie le prohíbe que represente, si así lo quiere, en su casa la misma comedia y haga arrodillar en su presencia á sus domésticos ó se divierta con la *jarretiere* de su cocinera: *honnei soit qui mal y pense!*

»Respecto á los alemanes, éstos no necesitan ni

libertad ni igualdad. Son un pueblo especulativo, ideólogo, pensador inductivo y deductivo, soñador, que sólo vive en el pasado y en el porvenir y que carece de presente. Los ingleses y los franceses tienen un presente; entre ellos cada día tiene su ataque, su defensa y su historia. El alemán no tiene nada por qué combatir, y cuando empezaba á sospechar que había cosas cuya posesión era deseable, sus filósofos le enseñaron sapientísimamente á dudar de la existencia de tales cosas. No puede negarse que los alemanes aman la libertad, pero la aman de un modo distinto que los demás pueblos. El inglés ama la libertad como á su legítima esposa, la posee, y si bien no la trata con singular ternura, no obstante, en caso de necesidad, sabe defenderla como hombre, y ¡ay del barbilindo de casaca roja que ose penetrar en el santuario de su cuarto de dormir, sea como galán ó como corchete! El francés ama la libertad como á su prometida; se enardece por ella, se inflama, se arroja á sus pies y le hace las más exageradas protestas; se bate por ella á muerte ó á vida y comete por ella millares de locuras. El alemán ama la libertad como á su anciana abuela».

¡Qué extraños somos los hombres! En nuestra patria murmuramos de todo; cualquier tontería, cualquier torpeza nos subleva, y como niños, quisiéramos todos los días huir de ellas á través del vasto mundo; pero he aquí que nos hallamos realmente recorriendo ese vasto mundo, y entonces nos parece demasiado vasto para nosotros, y, con frecuencia, volvemos á suspirar secretamente por aquellas mezquinas necedades y torpezas de la patria, y quisiéramos vernos de nuevo sentados

en nuestra vieja habitación tan bien conocida, y, á ser posible, construirnos una casa detrás de la estufa para acurrucarnos allí al calorcillo á leer el *Indicañor general de los alemanes*. Esto fué lo que me pasó cuando hice mi viaje á Inglaterra. Apenas perdí de vista las costas alemanas se despertó en mí un extraño amor póstumo hacia aquellos gorros de dormir, hacia aquel bosque de pelucones teutónicos de que acababa de alejarme malhumorado, y, cuando la patria desapareció á mis ojos, volví á encontrarla en mi corazón.

Por esto mi voz debió sonar con cierta ternura cuando contesté al hombre amarillo:—«Mi buen señor, no hable usted mal de los alemanes. Si es verdad que son soñadores, muchos de ellos han soñado cosas tan hermosas que no sé si podría cambiarlas por el despierto realismo de nuestros vecinos. Puesto que todos nosotros dormimos y soñamos, quizá podamos pasar-nos sin libertad; porque nuestros tiranos duermen también y sueñan meramente su tiranía. Tan sólo despertamos cuando los católicos romanos nos arrebataron nuestra libertad de soñar; entonces luchamos, vencimos y volvimos á reclinarnos y á soñar. ¡Oh, señor; no se burle usted de nuestros soñadores, porque de cuando en cuando, como los sonámbulos, dicen en medio de su sueño cosas admirables y sus palabras se convierten en semillas de libertad! Nadie puede prever el giro de las cosas. El esplínico inglés, cansado de su mujer, quizá la eche un día una sogá al cuello y la vaya á vender á Smithfield. El voluble francés quizá llegue á ser infiel á su amada desposada, la abandone y se vaya cantando y bailando en pos de las cortesanas de su

Palais-royal. Pero el alemán no echará nunca de su casa á su anciana abuela; siempre le concederá un pequeño rincón junto á su hogar, desde el que pueda referir á sus atentos nietecillos sus consejas... Si un día, lo que Dios no quiera, hubiera desaparecido la libertad del mundo entero, un soñador alemán volvería á descubrirla en sus ensueños».

Mientras que el barco de vapor, y con él nuestro diálogo, bogaban río arriba, llegaba el sol á su ocaso, y sus últimos rayos iluminaban el hospital (1) de Greenwich, imponente edificio á modo de palacio, que propiamente consiste en dos alas, cuyo espacio intermedio está vacío y deja ver, á los que por el río navegan, una montaña cubierta por un bosque de verdura y coronada por un lindo castillejo. Sobre el agua aumentaba por instantes la muchedumbre de los buques, y me causaba admiración el ver cuán hábilmente se evitaban, para no chocar unos con otros, aquellos grandes navíos. Se ve uno saludado al paso por tal cual semblante seriamente amistoso que jamás ha visto y que acaso jamás vuelva á ver.

Navegábamos unos tan cerca de otros, que pudiéramos estrecharnos la mano, darnos al mismo tiempo la bienvenida y despedirnos. Se hinche el corazón á la vista de tantas velas hinchadas y se siente uno poseído de extraña emoción al oír llegar de la orilla un rumor confuso, la lejana música de baile y las sordas voces de los marineros. Pero poco á poco se desvanecen entre el blanco velo de la bruma vespertina

(1) La versión francesa dice *hospice*.

los contornos de los objetos, y sólo queda visible un bosque de altos y pelados mástiles.

El hombre amarillo permanecía en pie á mi lado y miraba al cielo pensativo, como si buscara una pálida estrella en el nebuloso firmamento. Siempre con la vista elevada, puso su mano en mi hombro, y en ese tono que adoptamos cuando los pensamientos íntimos se convierten involuntariamente en palabras, dijo: «¡Libertad é igualdad!, ni se les encuentra aquí abajo ni allá arriba. Allá, esas estrellas no son iguales, una es más grande y más brillante que otra, ninguna de ellas se mueve libremente, todas obedecen á leyes prescriptas y férreas. La esclavitud existe así en el cielo como en la tierra».

—¡Esa es la Torre!— exclamó de pronto uno de nuestros compañeros de viaje, al tiempo que señalaba un elevado edificio que surgía de Londres, envuelto en niebla, y como el espectro de un sombrío ensueño.

II

Londres.

He visto la cosa más digna de notarse que ofrecer puede el mundo á un espíritu atónito; la he visto y sigue creciendo mi asombro. Sigue irguiéndose ante mi pensamiento este roquizo (1) bosque de casas y el río que le cruza, animado por rostros humanos llenos de vida, con todas sus pintorescas pasiones, con toda su inveterada precipitación en el amor, en el hambre y en el odio. Hablo de Londres.

Enviad á Londres un filósofo, ¡pero guardaos de enviar un poeta! Enviad aquí un filósofo, situadle en un ángulo de *Cheapside*, y aprenderá aquí más que en todos los libros de la última feria de Leipzig; y, á medida que las olas humanas vayan zumbando en torno suyo, un mar de pensamientos nuevos se irá formando ante él, y el espíritu eternal que sobre él flota le animará con su aliento, y los secretos más recónditos del orden social se revelarán á él de pronto, las pulsaciones del mundo se le harán perceptibles al oído y hasta

(1) La versión francesa: *de ladrillo*.

á la vista; pues si Londres es la mano derecha del mundo, activa y poderosa mano derecha, la calle que conduce desde la Bolsa á *Downingstreet* debe ser considerada como la arteria en que puede tomarse el pulso al universo.

¡Mas no enviéis á Londres un poeta! Esta seriedad en todo (1), esta colosal uniformidad, este movimiento de mecanismo, que hace enfadosa la alegría misma, este Londres exagerado, ahoga la fantasía y desgarrá el corazón. Y, sobre todo, si queréis enviar un poeta alemán, un soñador, que se detenga ante cada fenómeno aislado (2), quizá ante una mendiga desarrapada ó ante una brillante tienda de orfebrería, ¡oh! entonces le acarrearéis un gran mal; se verá llevado á empujones de un lado á otro ó bien derribado en tierra con un cariñoso ¡*God damn!* ¡*God damn!* (3); ¡condenado traqueteo! (4).

Bien pronto observé que este pueblo tiene mucho que hacer. Vive sobre un gran pie; aunque los alimentos y los trajes son más caros en su país que en el nuestro, quiere, no obstante, alimentarse y vestirse mejor que nosotros, como corresponde á gentes de calidad; tiene también grandes deudas, lo cual no le impide arrojar á veces, por un exceso de presunción, sus guineas por la ventana, y paga á otros pueblos porque

(1) En la versión francesa: *Esta seriedad de negociante (d'argent comptant), de la que todo lleva el sello, etc.*

(2) La versión francesa: *ante la menor aparición, quizá...*

(3) Dios le confunda.

(4) La versión francesa: *condenadas burradas!*

le *boxeen* para darle gusto, haciendo para ello, además, un buen obsequio á sus respectivos monarcas. Por esto es preciso que *John Bull* trabaje día y noche á fin de procurarse dinero para tales dispendios; día y noche debe torturar su cerebro para inventar una nueva máquina, y permanece sentado y calculando, con la frente bañada en sudor ó corre y vuela, sin casi mirar por dónde va, desde el puerto á la Bolsa, desde la Bolsa al *Strand*, y entonces es muy perdonable que si, en un ángulo de *Cheapside*, un pobre poeta alemán que está con la boca abierta ante una tienda de estampas, le cierra el paso, le eche á un lado nada dulcemente: ¡*God damn!*

En efecto, el cuadro que contemplaba embebecido desde un ángulo de *Cheapside* era el del paso de los franceses por el Beresina.

Cuando, arrancado á esta contemplación, miré hacia la alborotada calle, en la que volteaba un amasijo confuso de hombres, mujeres, niños, caballos (1), coches de posta, y hasta una comitiva fúnebre entre ellos, murmurando, gritando, lamentándose y crujiendo, me pareció que todo Londres era un puente sobre el Beresina, en el que cada cual, poseído de angustia delirante, procuraba abrirse camino para salvar un resto de vida; en el que el insolente jinete pisoteaba al pobre infante; en el que el que caía á tierra era hombre perdido; en el que, ajenos á todo sentimiento, los mejores camaradas pasaban apresuradamente los unos sobre los cadáveres de los otros, y donde morían á

(1) En la versión francesa: *gigs, cabriolés ligeros.*

millares, unos de fatiga, otros ensangrentados, los que después de haber pretendido en vano asirse á las planchas, se precipitan en la fosa glacial de la muerte.

Al contrario, ¡cuánto más tranquila y habitable es nuestra querida Alemania! ¡Con qué soñador sosiego, con qué tranquilidad dominical (1) se mueven allí las cosas! ¡Se monta la guardia tranquilamente, los uniformes y los edificios brillan á la luz de un sol tranquilo; las golondrinas revolotean junto á los arroyuelos (2), á las ventanas sonríen las obesas consejeras de justicia, en las resonantes calles hay espacio suficiente: los perros pueden olfatearse á su gusto, los hombres detenerse cómodamente y discutir acerca del teatro y aun saludar profundamente, muy profundamente, á algún insigne bribonzuelo ó vicebribonzuelo que luce algunos cintajos de colores sobre su raído traje, ó á algún mariscalejo de la corte muy empolvado y dorado que al pasar contoneándose se digna devolver el saludo!

Me había propuesto no asombrarme de la grandeza de Londres, del que tanto había oído hablar, pero me sucedió lo que al muchacho de la escuela que se había propuesto no sentir el castigo que iba á recibir. Todo ello estribaba en la circunstancia de que él esperaba recibir los acostumbrados golpes con el acostumbrado puntero, sobre la espalda, y en vez de ésto recibió una tunda desacostumbrada y en desacostumbrado sitio,

(1) *Sabática*, dice el original alemán.

(2) La versión francesa dice: *en torno de las palomas*; pero el original alemán *an den Fliesen*, generalmente escrito *Fliesen*.

propinada mediante un delgado junquillo. Yo esperaba grandes palacios y vi tan sólo casitas. Pero precisamente la uniformidad de ellas y su incalculable muchedumbre es lo que más poderosamente impone.

Estas casas de ladrillo revisten, á causa del aire húmedo y del humo del carbón, un color uniforme verde oliva obscuro; son todas de la misma arquitectura, ordinariamente con dos ó tres ventanas á lo ancho y dos á lo alto, y encima están adornadas con pequeñas chimeneas rojas, que semejan dientes recién arrancados y sangrientos; de modo que las calles anchas y tiradas á cordel las hacen parecer solamente dos casas interminablemente largas en forma de cuarteles. Esto tiene su fundamento en la circunstancia de que cada familia inglesa, aunque no conste más que de dos personas, quiere, no obstante, vivir en una casa entera, en su propio castillo, y en que ricos especuladores, á fin de ocurrir á esta necesidad, construyen calles enteras y venden después las casas separadamente.

En las calles principales de la *City*, parte de Londres que es el centro del comercio y de la industria, donde aún antiguos edificios se ven intercalados entre los nuevos, y donde las fachadas de las casas están cubiertas hasta el tejado de nombres y números de una vara de altos, ordinariamente dorados y en relieve, es donde menos se nota esa uniformidad característica, tanto menos cuanto que la vista del extranjero está incesantemente ocupada ante el aspecto maravilloso de tantos nuevos y bellos objetos como se ostentan en los huecos de las tiendas.

Ya solamente estos objetos producen grande efecto,

porque el inglés acaba por completo todo cuanto hace, y no sólo cada artículo de lujo, cada lámpara astral, cada bota, cada caja de te y cada vestido de señora nos atraen é invitan por lo acabados (*finished*), sino que también el arte de exponerlos, el contraste de los colores y la variedad, dan un encanto especial á las tiendas inglesas. Hasta los objetos destinados á las necesidades ordinarias se exhiben con un aparato asombroso y encantador; los comestibles ordinarios nos atraen mediante la novedad con que están iluminados; hasta los pescados crudos están tan agradablemente dispuestos, que nos regocijan con el brillo irisado de sus escamas; la carne cruda está como pintada en limpios platitos de porcelana de colores, ceñida por riente corona de perejil; en fin, todo se nos ofrece como una pintura y nos recuerda los brillantes cuadros, no por eso faltos de naturalidad, de Franz-Mieris. Solamente los hombres carecen de la apacibilidad de los cuadros holandeses, pues con las fisonomías más severas venden los más risueños juguetes, y el corte y el color de sus trajes es tan uniforme como el de sus viviendas.

En el extremo opuesto de Londres, llamado la extremidad occidental, *the west end of the town*, donde vive la gente más distinguida y menos ocupada, aun domina dicha uniformidad; hay calles enteras largas y espaciosas en que todas las casas, grandes como palacios, exteriormente en nada se distinguen, si no es en que como en todas las moradas de Londres que no son completamente ordinarias, los huecos del primer piso están decorados con balcones de hierro y se ve también en el piso bajo (*au rez de chaussée*) un enrejado

negro de hierro que protege otro piso ó sótano subterráneo.

Se encuentran también en esta parte de la ciudad grandes plazas (*squares*) constituidas por hileras de casas iguales á las anteriormente descritas, alineadas en forma de cuadrado, en cuyo centro, y rodeado por negra verja de hierro, se encuentra un jardín decorado con algunas estatuas. En todas estas casas y calles no hiere la vista del extranjero la presencia de las ruinosas cabañas de la miseria. Por todas partes se ostenta la riqueza y la distinción; en recónditos y apartados callejones y en oscuros y húmedos pasajes es donde vive la pobreza con sus harapos y sus lágrimas.

El extranjero que recorre las grandes calles de Londres y no acierta á llegar precisamente á los verdaderos barrios populares, ve muy poco ó nada de la mucha miseria que existe en esta ciudad. Sólo acá ó acullá, á la entrada de algún obscuro callejón, ve inmóvil y silenciosa alguna desarrapada mujer que, con un niño aplicado al exhausto seno, pide limosna con los ojos. Acaso cuando estos ojos son todavía hermosos, se les mira más atentamente y se asusta uno del mundo de dolores que en ellos ha entrevisto.

Los mendigos ordinarios son ancianos, en su mayor parte negros, que están parados en las esquinas de las calles, y, lo que es muy útil, dado el lodo de Londres, barren un paso para los que caminan á pie y piden por su trabajo una moneda de cobre. La pobreza, asociada al vicio y al crimen, se desliza, allá hacia la noche, de sus cubiles. Evita la luz del día tanto más tímidamente cuanto que contrasta entonces su miseria más

horriblemente con la arrogancia y la riqueza que se ostenta por todas partes; sólo el hambre la arroja en medio del día fuera de sus oscuros callejones, y entonces se detiene muda, con los ojos elocuentes, y extiende una mano suplicante hacia el rico mercader que cruza apresurado, haciendo resonar el dinero de sus negocios, ó hacia el ocioso *lord* que, como un dios satisfecho, cabalga sobre su alzado corcel, y lanza por encima de esta muchedumbre que ve á sus pies, de cuando en cuando, una altiva é indiferente mirada, como si se tratase de diminutas hormigas ó sólo de un montón de criaturas inferiores, cuyo dolor ó cuya alegría nada tuvieran de común con él; pues la nobleza inglesa, como si fuera de otra naturaleza superior, se cierne por encima de esta canalla que está como aferrada al suelo, y considera la pequeña Inglaterra tan sólo como su apeadero; Italia como su jardín de verano; París como su salón de sociedad, y todo el mundo, en fin, como propiedad suya. Sin cuidados y sin temores vuela de aquí para allí, y su oro es un talismán que realiza sus más insensatos deseos.

¡Desgraciada pobreza! ¡Qué penosa debe ser tu hambre, donde otros se regodean en mofadora superfluidad! Y cuando por casualidad se arroja en tu regazo con mano indiferente un mendrugo de pan, ¡cuán amargas deben ser las lágrimas con que le humedeces! Tú te envenenas con tus propias lágrimas. Razón tienes en asociarte al vicio y al crimen. Algunos rechazados criminales llevan, con frecuencia, en su corazón más humanidad que esos fríos é intachables ciudadanos de la virtud, en cuyo marchito corazón se ha extinguido la

fuerza para hacer el mal, pero también la necesaria para hacer el bien. Y que hasta el vicio no es siempre vicio. Yo he visto mujeres en cuyas mejillas estaba pintado el vicio de rojo, y en cuyo corazón moraba celestial pureza. ¡He visto mujeres... que quisiera volver á verlas!

III

Los ingleses.

Bajo las arcadas de la Bolsa de Londres cada nación tiene determinado su sitio, y, en unas tablitas clavadas á bastante altura, se leen los nombres : Rusos, Españoles, Suecos, Alemanes, Malteses, Judíos, Hanseáticos (Hamburgueses), Turcos, etc. En otro tiempo cada mercader se colocaba bajo la tablilla en que estaba escrito el nombre de su nación; pero ahora en vano se le buscaría allí : los hombres han progresado. Donde antes estaban los Españoles están ahora los Holandeses; los Hanseáticos ó Hamburgueses han substituído á los Judíos; donde se busca á los Turcos se encuentra ahora á los Rusos; los Italianos están donde antes estuvieron los Franceses; en fin, hasta los Alemanes han ido un poco más allá.

Como en la Bolsa de Londres, también en el resto del mundo las tablillas han quedado en su respectivos sitios, en tanto que los hombres bajo ellas establecidos, se han visto empujados hacia adelante y otros han venido á ocupar su puesto, cuyas cabezas nuevas convienen ya muy mal con las antiguas inscripciones. Los antiguos caracteres estereotípicos de los pueblos, tales como se encuentran en los compendios eruditos y en

las cervecerías, no pueden servir más que para hacernos incurrir en deplorables errores. Como hemos visto cambiar sensiblemente á nuestros ojos de carácter en los últimos diez años (1) á nuestros vecinos occidentales, podemos también reconocer que, desde que se levantó el bloqueo continental, se ha verificado la misma transformación allende el canal.

Los tiosos y callados ingleses pasan en rebaños á Francia para aprender allí á hablar y á moverse; y á su regreso ve uno con asombro que se ha desatado su lengua y que ya no tienen, como antes, dos manos izquierdas, ni se contentan con *beefsteack* y *plumpudding*. Yo mismo he visto á uno de estos ingleses en la *Tawistock Tavern* pedir un poco de azúcar para sus coliflores, herejía contra la estricta cocina anglicana, que por poco no hace caer de espalda al bodegonero, pues sabido es que, desde la invasión romana, la coliflor no se ha cocido en Inglaterra más que en agua, y se ha comido sin ningún condimento dulce. Este mismo inglés, á pesar de que nunca le había visto antes, se sentó á mi lado y comenzó á pronunciar un tan ocurrente discurso en francés, que no pude menos de confesarle que me alegraba mucho de haber encontrado un inglés que no fuera reservado con los extranjeros, á lo que me replicó seriamente y con toda franqueza, que me hablaba sólo por ejercitarse en la lengua francesa.

Lo sorprendente es que los franceses se hacen cada

(1) En la versión francesa *quince*, por diferencia de fechas de edición.

día más pensadores, más profundos y más serios, precisamente al compás que los ingleses tienden á apropiarse una manera de ser más ligera, más superficial y más regocijada, así en su vida como en su literatura. Las prensas de Londres no se han ocupado más que en reproducir escritos *fashionables*, novelas que se mueven en la brillante esfera de la *high life* ó la reflejan, como, por ejemplo: *Almacks*, *Vivian Grey*, *Tre-maine*, *The Guards*, *Flirtation*, la última de las cuales sería la mejor designación de todo el género, de esa coquetería de maneras y giros exóticos, de esa delicadeza burda, de esa ligereza pesada, de esa agria dularronería, de esa grosería refinada, de todas esas tendencias aburridoras; en fin, de todas esas mariposas de madera que revolotean en los salones del West-End de Londres.

Al contrario, ¿qué literatura nos ofrecen ahora las prensas francesas, esa verdadera representante del espíritu y de la voluntad de los franceses? Como su gran emperador empleó los ocios de su cautiverio en dictar su vida, en revelarnos las más recónditas decisiones de su divina alma, y convirtió las rocas de Santa Elena en una cátedra de historia, desde cuya cima se juzgaba á los contemporáneos y se instruía á la posteridad, los franceses han comenzado á utilizar todo lo gloriosamente posible sus días de desventura, el tiempo de su inactividad política, y también escriben la historia de sus hechos. Esas manos que durante tanto tiempo blandieron la espada, vuelven á ser espanto de sus enemigos al asir la pluma; toda la nación está, por decirlo así, ocupada en la edición de sus Memorias, y

á seguir mi consejo, preparará una edición especialísima *ad usum Delphini*, con lindas láminas iluminadas de la toma de la Bastilla, del ataque á las Tullerías (1), etc., etc.

Pero si antes he indicado que los ingleses procuran hoy día hacerse ligeros y frívolos y disfrazarse bajo esa piel de mona de que ahora se despojan los franceses, debo hacer notar además que esta tendencia domina más en la *nobility* y en la *gentry*, en el mundo distinguido que en la burguesía. Al contrario, la parte industrial de la nación, especialmente los comerciantes de las ciudades fabriles y en casi toda Escocia, llevan el sello exterior (2) del pietismo, hasta pudiera decir del puritanismo, así que esta parte beata del pueblo contrasta con los mundanos distinguidos y cultos, de la misma manera que los caballeros y cabezas redondas, que, con tanta verdad, pinta Walter Scott en sus novelas.

Se tributa demasiado honor al bardo escocés cuando se cree que su genio ha creado, inspirándose en la historia, tanto las exterioridades, como la íntima manera de pensar de estos dos partidos, y que es un signo de su grandeza como poeta el que, libre de todo prejuicio, como un Dios justiciero, ha dado á cada uno lo suyo, tratando á ambos con el mismo cariño (3). Pero dirijase una mirada á los oratorios de Liverpool y Manchester y otra después á los *fashionables* salones del

(1) En la versión francesa, del 21 de Enero, etc.

(2) En la versión francesa, interior.

(3) Este trozo está echado á perder en la versión francesa.

West-London, y se verá claramente que Walter Scott no ha hecho meramente más que copiar su época y vestir figuras completamente modernas con antiguos trajes.

Piénsese también que, como escocés por una parte, mediante la educación y el espíritu nacional, ha adquirido una manera puritana de pensar, y, por otra parte, como *tory* que se creía descendiente de los Stuardos, tenía que ser, con toda el alma, realista y aristócrata; y de aquí que su sentimiento y su pensamiento abrace ambas tendencias con el mismo amor, y al mismo tiempo las neutralice por el contraste.

Así se explica fácilmente su imparcialidad en la pintura de la aristocracia y de los demócratas de la época de Cromwell, imparcialidad que nos ha inducido á creer que debía esperarse de él en su *Historia de Napoleón* una pintura tan fiel (*fair-play*) del héroe de la Revolución francesa (1).

El que observe atentamente en Inglaterra, hallará á diario ocasión de notar las dos tendencias dichas, en su contrapuesto florecimiento, y, como es natural, en lucha. Una de estas ocasiones, especialísima, proporcionó el famoso proceso de Mr. Wakefield, un caballero alegre que había robado de improviso la hija de un Mr. Turner, rico comerciante de Liverpool y se había casado con ella en *Gretna Green*, donde vive un famoso forjador que hace las más sólidas cadenas. Toda la

(1) La crítica profética de la anunciada *Vida de Napoleón Bonaparte*, de Walter Scott, se encuentra en los *Cuadros de Viaje*, tomo I, págs. 165 y siguientes.

29144

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

gente de tonsura, el pueblo entero de los elegidos de Dios puso el grito en el cielo ante semejante abominación; en los oratorios de Liverpool se pidió á Dios castigase á Wakefield y á sus cómplices, á quienes debía tragar la tierra en su abismo, como á la banda de Korah, Dathan y Abiran; y para estar más seguros del castigo celeste, acudieron al mismo tiempo á los tribunales de Londres para atraer sobre los profanadores del más santo de los sacramentos, la cólera del *King-Bench*, del gran canciller y hasta de la Cámara alta. Entretanto, en los salones *fashionables* se sabía ser tolerante con el atrevido raptor de doncellas y reir y bromear sobre el lance.

Este contraste de ambas maneras de pensar se me mostró, del modo más divertido, una vez que en la Grande Ópera estuve sentado junto á dos gruesas damas de Manchester que asistían por primera vez en su vida á una de estas reuniones del gran mundo. Cuando comenzó el baile y las lindas bailarinas, en tonelete corto, hicieron sus voluptuosamente graciosos movimientos, estiraron sus bellas, largas é impúdicas piernas y se precipitaron de repente como bacantes en brazos de sus respectivas y flexibles parejas, no hallaron nada bastante fuerte para expresar el horror de sus corazones. La apasionada música, los trajes primitivos de malla color de carne, los saltos naturales, todo vino á reunirse para hacer sudar de angustia á las pobres señoras, cuyos pechos se inflamaban de indignación, y:—*¡Shockin! ¡forshame! ¡for shame!* (1), ex-

(1) *¡Qué escándalo! ¡qué vergüenza! ¡qué vergüenza!*

clamaban dolorosamente á cada momento, y tan poseídas de espanto quedaron, que no podían apartar de sus ojos los gemelos, y en esta situación, permanecieron inmóviles hasta el último momento, hasta que se bajó el telón.

Á pesar de esta oposición entre la dirección del espíritu y de la vida, vuelve otra vez á hallarse en el pueblo inglés una unidad de sentimiento, en la que precisamente estriba el que él mismo se sienta tal pueblo. Los modernos *cabezas redondas* y *caballeros* pueden seguir aborreciéndose y despreciándose mutuamente, pero no dejan por eso de ser ingleses, y, como tales, están unidos y ligados entre sí como plantas nacidas del mismo suelo y en él admirablemente arraigadas. De aquí esa misteriosa unanimidad de toda la vida y de todo el movimiento de Inglaterra que á primera vista nos parece una escena (1) de confusión y de contradicciones. Opulencia y miseria, ortodoxia é incredulidad, libertad y esclavitud, crueldad y dulzura, honradez y rapacidad; estos contrastes llevados á sus más irracionales límites, y, por cima de todo, el cielo envuelto en niebla grisácea, rumor de máquinas por todas partes, cifras, luces de gas, chimeneas, periódicos (2), cántaros de aguador, bocas cerradas, todo esto se unifica de tal modo, que no podemos figurarnos una cosa sin la otra, y lo que visto aisladamente excitaría nuestro asombro ó nuestra risa, nos parece, en su conjunto, completamente natural y serio.

(1) En la versión francesa *dédalo*.

(2) En la versión francesa *periódicos gigantescos*.

Pero yo creo que lo mismo nos sucedería en cualquier parte, hasta en el país del que nos hubiéramos formado el más extraño concepto y en el que esperaríamos hallar una aun más rica mina (1) de risa y asombro. Nuestro gusto por los viajes, nuestro deseo de conocer extranjeros países, que especialmente le sentimos en la edad juvenil, nace principalmente de esa mal fundada esperanza en contrastes extraordinarios, de ese gusto por fantásticas mascaradas en que nos imaginamos hallar, en extranjero suelo, hombres é ideas de nuestra patria, y en las que disfrazamos hasta cierto punto á nuestros mejores amigos bajo trajes y costumbres exóticas. Pensamos, por ejemplo, en los hotentotes, pues son las damas de nuestra ciudad natal, pintadas de negro y con su complemento posterior correspondiente, las que danzan en nuestra imaginación, mientras que nuestros jóvenes de talento trepan á las palmeras como salvajes (2); pensamos en los habitantes de los países del polo Norte, pues vemos todavía allí los semblantes más conocidos: nuestra tía patina sobre el hielo en su trineo tirado por perros; el flaco Sr. Corrector está reclinado sobre una piel de oso y saborea tranquilamente su desayuno de aceite de ballena; la Sra. Receptora de impuestos, la Sra. Inspectora y la Sra. Consejera de infibulación están acurrucadas una junto á otra y mascan velas de sebo, etc. Pero llegamos, efectivamente, á tales países, y vemos muy luego que los hombres se

(1) En la versión francesa *cosecha*.

(2) En la versión francesa *con toda la agilidad de los salvajes*.

— Pero el texto alemán dice: *Buschklepper* = *recorre malezas*.

han desarrollado á la par que sus costumbres y sus trajes, que sus rostros convienen con sus pensamientos y los trajes con las necesidades, y que las plantas, los animales, los hombres y el país forman un conjunto armónico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO